



Walter Benjamin, *Mediaciones*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017. (Selección, edición y prólogo de Pilar Carrera y Jenaro Talens)

Para Michel Foucault, como él mismo declaró en más de una ocasión, el reto crítico de un libro pasaría no tanto por su condición de objeto de lectura, conocimiento o consulta sino, más bien, por la capacidad de ese libro para atravesar estas facetas y convertirse en una mediación práctica, en un *libro-herramienta*. Desde luego,

muy pocas veces esta aspiración llega a realizarse. Son demasiados los obstáculos que un libro, como tal, ha de salvar de cara a compartirse en clave de práctica crítica. Esto se agrava más aún cuando ese libro se trabaja como una escritura *teórica*, dado que las premisas sobre las que la teoría se concibe, con la inercia rutinaria del academicismo, parecen orientarse hacia un horizonte donde la cuestión de la práctica crítica (por no hablar de la *crítica política*) se difumina en el aire a la misma velocidad (y con la misma sensación reconfortante) que el vapor de una taza de té.

De entrada, el título *Mediaciones* se abre a la resonancia de otro título que fue clave en los estudios culturales tras publicarse hace exactamente treinta años: el ensayo *De los medios a las mediaciones (Comunicación, cultura y hegemonía)*, de Jesús Martín-Barbero (1987), cuyo entramado argumentativo se esforzaba por actualizar la teoría crítica de la cultura más allá del conservadurismo funcionalista y de la rigidez de la teoría crítica dominante. En este sentido, Martín-Barbero procuraba ya allí abrir resquicios respiratorios a la hora de considerar las dimensiones operativas de la cultura popular y una filosofía política de cariz libertario. Para ello, como se sabe, *De los medios a las mediaciones* planteaba cuidadosamente un “debate de fondo” condensado en la confrontación entre Adorno y Benjamin en torno al paradigma epistemológico de la Escuela de Frankfurt, con respecto a la cual éste último mantendría en todo momento una posición de familiaridad polémica. Para Martín-Barbero, la posición benjaminiana se podría resumir en una concepción de “lo popular en la cultura no como su negación, sino como experiencia y producción”. Desde esta perspectiva, la forma defendida por Benjamin de pensar la experiencia social de las masas, los cambios técnicos y la ciudad moderna no podría reconocerse “desde lugar fijo, pues tiene a la realidad por algo discontinuo”. La asunción enunciativa de esta discontinuidad es precisamente lo que distancia la táctica crítica de Benjamin con respecto a la voluntad de poder inscrita en el proyecto filosófico adorniano, o al menos en sus desarrollos más difundidos, y su necesidad de llevar el

sistema conceptual hasta sus últimos límites dialécticos (negativos).

Pues bien, lo popular se presenta así como una entre las múltiples vías de acceso a la constelación crítica trazada por Walter Benjamin. Como se recoge en el fragmento de *Mediaciones* titulado “Cultura popular”: “el interés realmente popular siempre se halla activo, transformando el material del conocimiento...”. Esta transformación pasa en primer lugar por la reactivación de una enunciación fragmentaria como modo primordial de comprender los cambios de la modernidad. En el breve prólogo, Pilar Carrera y Jenaro Talens subrayan conscientemente que *Mediaciones* está precisamente compuesto como una “colección de fragmentos”, lo que recoge desde el principio el reclamo de atención a la capacidad explicativa que lo micro tenía para Benjamin, así como el necesario trayecto fragmentario que la crítica implica (como momento de crisis radical para los paradigmas heredados de pensamiento y acción a lo largo del siglo XX). No en balde, un poema de Ildefonso Rodríguez se titula “Alegría de los fragmentos”: una forma de entender la fragmentación como una celebración de resistencia ante la totalización del discurso y del mundo desde una reconsideración desplazada y móvil de las condiciones de libertad todavía latentes en lo más insignificante de la política que se cruza a diario con la vida cotidiana (el poemario de I. Rodríguez se titulaba sintomáticamente *Política de los encuentros* (2003)).

Cada fragmento, así, actúa en la dirección abierta e imprevisible del cruce con otros, al modo de la más elemental interacción celular, o de la más imprescindible sinapsis neuronal. El método de montaje en *Mediaciones* se hace entonces eco del desafío lanzado por el propio Benjamin en su decisivo *Libro de los pasajes*: la conmoción que pone a temblar a partir de materiales heterogéneos, dispersos, interrumpidos... incluyendo ahí el valor inesperado de los materiales de derribo. Los apuntes y argumentos se atraen recíprocamente como si participaran de un *puzle* sin centro, de un cielo estrellado, donde los fantasmas del sentido en Kafka y las relaciones de propiedad en los productos Disney entran en un diálogo desconcertante y fértil. Uno de los frag-

mentos en el *Libro de los pasajes* señalaba: “Nunca importan los grandes contrastes, sino sólo los contrastes dialécticos, cuyos matices, a menudo para confusión, parecen semejantes. Pero de ellos se engendra la vida siempre de nuevo”. Esta idea podría resumir la poética defendida contra viento y marea por W, Benjamin. *Mediaciones* la reafirma y actualiza dejando ver la fecundidad de una reflexión contemporánea sobre los *rites de passage*, a propósito de los que se apunta: “Hemos empobrecido nuestra experiencia de atravesar umbrales” (...) “la palabra umbral significa transformación” (“En el purgatorio”). De hecho, recomponiendo estas mismas palabras de Benjamin, no sería ilógico decir que, para el sujeto moderno y contemporáneo, la pérdida de iniciativa transformadora está yendo unida al poder de una inercia cada vez más conformista y ciega, y ésta a la creciente incapacidad para atravesar (no ya umbrales sino) nada. Además de a las condiciones precarizadas de la experiencia subjetiva, de hecho, esta impotencia puede estar dándose a la vez que la neutralización interesada (y en cierto modo “objetiva”) de la diferencia (observada por Benjamin) entre interior y exterior, lo que convierte el espacio social en un espejismo cada vez menos propiamente *espacial* y cada vez menos propiamente *social*.

Se sabe, por otro lado, que la palabra *umbral* tiene que ver además con la raíz de umbría o sombra. En este punto, el “contraste dialéctico”, quizá por fuerza no visible, se establece entre la sombra y la iluminación, entre lo nocturno y lo diurno, con un filo tan inagotable como insobornable. La apuesta por una escritura entendida como teoría (*theorein*) presupone una iluminación desde luego insegura pero, en todo caso, precondition de una mirada capaz de poner en crisis, de ver la crisis en toda su potencialidad dialéctica (como ya apuntara S. Buck-Morss en *The dialectics of Seeing* (1991)). En la entrada “Achtung!” de *Mediaciones* se lee: “De pequeño, cuando iba de paseo, me gustaba mirar a través de esas rejas horizontales que permitían situarse ante un escaparate aunque bajo él se abriera un pozo que servía para airear e iluminar los tragaluces de las profundidades...”. Es pues esta mirada hacia abajo, en clave empozada o *de*

profundis, la que implica en/desde Benjamin una práctica de ahondamiento, de buceo en lo inmediato, siempre entendiendo lo inmediato precisamente como mediación.

La mirada abismándose en las profundidades retumba, en fin, como rebotando en las paredes fantasmáticas de un mundo infernal. “Lo moderno, el tiempo del infierno”, diría Benjamin en otro de sus fragmentos. La provocación benjaminiana es de hecho poética y política al mismo tiempo. Lo es en la medida en que trastoca la linealidad del tiempo entendido como señal de orden o de progreso para, en lugar de eso, señalar las líneas

(discontinuas) de experiencia de la pobreza, de pobreza de la experiencia, como si fueran sendas que pertenecen a un mundo inexplorado, pendiente. Estas líneas intervienen en la lectura y el sentido a modo de fisuras o esquizias (Deleuze / Guattari) que replantean de raíz la condición de la crítica, el lenguaje y la comunicación. Y que si buscan esto lo hacen a la vez confirmando y persiguiendo el valor de aquello que, como Benjamin anota, “es más que mera comunicación”.

Antonio Méndez Rubio

Universitat de València